

MIMMI KASS



Síntomas de locura



CROSS
BOOKS

Síntomas de locura

Mimmi Kass



Este libro no podrá ser reproducido,
total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la
utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el
propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Mimmi Kass
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Nicole Valdivia @idyllic.mind
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: enero de 2025

ISBN: 978-956-6145-92-9
RPI: 2024-A-10977

Impreso en:

*A las voluntarias del Hogar de Cristo, que me enseñaron lo que
era la vocación antes de saber siquiera lo que era la medicina*

A mis compañeros de carrera

Empieza de una vez a ser quién eres,
en vez de calcular quién serás.

FRANZ KAFKA

Listas y talismanes

Martina

Tenía todo ordenado a la perfección sobre el escritorio. Con la guata hecha un nudo entre nervios e ilusión, comprobé la lista y fui tachando uno a uno los ítems con un lápiz rojo. Amaba las listas. Me daban la sensación de tener algún tipo de control sobre mi vida.

- Mochila con los libros. *Check* ✓
- Estuche y cuadernos. *Check* ✓
- Celular con el cargador. *Check* ✓
- Botella de agua de aluminio reciclado. *Check* ✓
- Unicornio Bebé. *Check* ✓

Sonreí satisfecha. Ese año me cambiaría la vida. O al menos eso esperaba. Otra lista muy diferente, la de objetivos vitales de año nuevo, apareció de improvisto en el centro de mis pensamientos. Mi sonrisa se desdibujó, apagando un poco la sensación de triunfo. Ya estábamos en marzo, partía el año universitario, y no estaba cerca de cumplir ni uno solo. Qué mierda. Pero no podía pararme a pensar en ello: ahora les tocaba el turno a mis talismanes.

Yo era un ser racional en extremo. Cultivaba el método científico desde que tenía cinco años. Siempre había preferido jugar ajedrez a jugar con otros niños y prefería fabricar mis propios robots antes que jugar a las muñecas. Con ocho años, construí una maqueta del cuerpo humano que era capaz de hacer una digestión primitiva y defecar, y me gané una visita a la NASA en Cabo Cañaveral.

Pese a todo aquello, por algún extraño motivo, había tres o cuatro cosas total y absolutamente irracionales a las que me aferraba como si mi vida dependiera de ello. O al menos mi salud mental.

Mi hermano Magnus asomó su cabeza rubia, goteando tras la ducha, y lanzó una mirada dubitativa a los enseres dispuestos sobre la mesa.

—Martina, ¿estás segura de que llevar a Unicornio Bebé es una buena idea? Piénsalo bien.

Lo consideré una vez más mientras intentaba colgar el peluche del asa de mi mochila. La idea era de él, que pareciese un llavero. Así no tendría que esconderlo, porque, si me pillaban mis compañeros, me hundiría en la miseria; en la total y completa humillación, era bien consciente. ¿Qué persona normal dependía de un peluche viejo para mantenerse tranquila? Pues yo. «Objeto de apego», lo llamaba la psicóloga. Para mí, uno de mis talismanes. Igual que el gorro azul de lana con nubes blancas que usaba pese a ser pleno verano, o los auriculares con cancelación de ruido con los que me aislaba en caso de emergencia. No eran negociables. Preferí no responder.

—Anda a vestirte. ¡No quiero llegar tarde! —protesté al ver que no se iba. Me ponía nerviosa con sus ojos azules clavados en mis dedos torpes—. Si llegamos tarde, ya sabes lo que pasará. ¡Fuera!

Me miró un par de segundos, con las caderas envueltas en la toalla y aún empapado, y de pronto me arrebató mochila y peluche.

—¡Oye!

—Yo te ayudo —gruñó exasperado. Por supuesto, en siete segundos abrió la arandela y la enganchó en el asa de la mochila. El unicornio blanco con crines de colores y ojos de purpurina colgaba de mi mochila para acompañarme en mi primer día en la Facultad de Medicina de la Universidad Internacional—. Toma. Ya está.

Sonreí agradecida. Lo abracé y le di un beso rápido en la mejilla. En momentos como aquel, tenía la certeza de que Magnus era el mejor hermano del mundo.

—Tienes unas manos muy hábiles. Serás cirujano cardíaco, como papá. ¡O neurocirujano! —dije con seguridad. Pese a que a veces fuera un poco idiota y se empeñara en esconder lo inteligente que era con comportamientos... digamos que erráticos, yo confiaba en él—. Vas a ser un médico increíble.

—¡Bah! Ni siquiera estoy seguro de haber hecho bien al elegir Medicina —respondió en voz baja, más para sí mismo que para mí. Negó con energía y mil gotas me regaron por aspersión mientras le quitaba importancia a su afirmación con un gesto de la mano—. Además, ¡faltan como mil años para eso!

Me quedé helada.

—¿Qué dices, Magne? ¡Con lo mucho que te costó tomar la decisión! ¿Ahora dudas?

Él me regaló una sonrisa torcida y se encogió de hombros.

—En realidad, no tomé una decisión, hermanita. Más bien me vi empujado por los acontecimientos. Estaba tirado en la India, sin dinero —confesó sin rodeos. Vaya. No era esa la versión que había manejado yo hasta el momento—. Papá y mamá siempre me apoyaron, pero ya no estaban dispuestos a seguir financiando mi crisis existencial postcolegio. Me lo dejaron bien claro: «Magnus, un año sabático es suficiente: o estudias o trabajas».

—Y yo que pensaba que el viaje espiritual al Tíbet te había hecho reconsiderar tu camino —dije con un poco de sorna.

Él soltó una carcajada.

—No, no. Todo fue mucho más simple: cero plata, así que ahora toca estudiar. Quizá habría sido mejor inscribirme en una ingeniería. —Soltó un suspiro, me acarició el pelo, tan parecido en el tono rubio claro al suyo, y después me dio un tirón con mala leche—. No sé... mamá es médica, papá es médico, tú quieres ser médica desde que naciste... Parece lo más lógico.

—Pero, Magnus, ¿es la decisión más importante de nuestras vidas! —dije con tono reverencial. Era así. Así lo pensaba. En cambio, él se lo tomaba todo como un maldito juego.

Recordé cuando soltó la bomba de que no iría a la universidad después de cuarto medio, que prefería viajar por el mundo. Pensé que a mi padre le daba un infarto. Menos mal que mi madre medió en aquel momento, porque, si no, habría ocurrido una de dos: o mi padre acababa en el hospital o mi hermano, estrangulado.

Magnus soltó una carcajada de esas suyas, en las que su enorme boca exhibía una dentadura perfecta y sus ojos refulgían con alegría y luz interior.

—Pues yo lo hice para copiarte a ti, para salir del paso o porque quizá pueda ser un buen médico. No sé, Martina —replicó, ya más serio. Me apretó la nariz entre el índice y el pulgar en un gesto que hacía desde el día en que nació. —Habrá que ir viendo... y, si no me resulta esto de la Medicina, ¡siempre nos quedarán los millones de Industrias Thoresen!

Me guiñó un ojo con su sonrisa más traviesa, esa que pulverizaba calzones en la franja de edad entre los quince y los setenta y cinco años, y se fue antes de que le llegara una buena cachetada por caradura.

De acuerdo.

Respiré hondo un par de veces para recuperar la calma. ¿Por dónde iba? Mis talismanes. Audífonos. Unicornio. Gorro. ¿Elástico para el pelo?

Qué raro.

Yo era muy ordenada y meticulosa y estaba segura de que lo había dejado donde siempre, en el arbolito de cristal donde colgaba mis joyas y complementos. Ahí guardaba una multitud de elásticos, pincitas y broches. Pero no «el» elástico. Empecé a respirar un poco más rápido.

—Martina, serénate. Tiene que estar aquí —murmuré.

Empecé a abrir cajones. A buscar entre los libros. A desesperarme. Necesitaba mi elástico. Era el puto... elástico... para el pelo... de la suerte. Y no aparecía por ninguna parte. Mi corazón empezó a latir en un *crescendo* de tambor en el pecho.

La hiperventilación provocó un descenso en los niveles de dióxido de carbono en mi sangre; la psicóloga infantil me lo había explicado hacía tiempo, porque para mí era importante saber lo que me pasaba, aunque no servía de mucho si no podía controlarlo. Noté que se me iba la cabeza. La ansiedad se apoderó de mí, clavándome sus garras afiladas en la garganta. Me asfixiaba. No podía respirar.

—Martina, hija, ¿qué pasa? ¡Estamos todos esperándote para desayunar! —Mi mamá irrumpió en la habitación y me descubrió en pleno ataque.

Ya tenía las manos agarrotadas frente a mi rostro. Los ojos desorbitados. Me reflejaba con total nitidez en el espejo de la puerta. Qué patética. Esa sensación de que me iba a morir, de que perdía el control. Recordé la primera vez que me ocurrió, cuando me perdí en el aeropuerto de Oslo. Tenía cinco años.

—El elástico. El elástico. El elástico. Mamá. Mamá. Mamá —repetí en *staccato* al mismo ritmo de mi respiración acelerada. Morirse por un maldito elástico para el pelo. Si no estuviese ahogándome, me habría reído de mí misma—. Elástico. Elástico. Elástico.

Ella me abrazó con fuerza. Me acogió en su pecho. Le dio igual que su elegante camisa de seda se arrugara. Sabía lo que pasaba, mi ansiedad había empeorado mucho desde la pandemia, por mucho que el verano me diera un poco de tregua. Se quitó de un par de patadas los zapatos de tacón.

—Respira, hija. Despacio. Vamos a sentarnos en el suelo, contra la pared, ¿vale? —Su voz dulce y firme me consolaba y me dirigía, así yo no tenía que pensar, aunque seguía con los músculos rígidos por la alcalosis, incapaz de moverme—. Vamos. Flexiona las rodillas.

—No. No. No puedo. No puedo. No puedo. —Volví a hiperventilar a mayor velocidad. Se soltaban los últimos hilos de voluntad que sujetaban mis brazos y piernas. Mis dedos se retorcían en rizos grotescos—. Elástico. Elástico. Elástico.

Mi cuerpo no respondía. Cuando llegas a la fase de los espasmos, es muy difícil volver atrás. La acidez de mi sangre tardaría unos minutos en corregirse. Mi mamá me arrastró como pudo hacia el puf en el que solía leer y escaneó la habitación. Yo sabía lo que buscaba, una bolsa de plástico para respirar dentro y recircular el dióxido de carbono. Quise pedirle perdón. Era parte de mi desafío ecológico: nada de bolsas de plástico. «Lo siento, mamá». El silbido anacrónico de una locomotora de vapor se cebó con mis pobres tímpanos. Mi tensión arterial se disparaba.

—¡Erik! Erik, *kom hit, vaer så snill!** —gritó mi madre con toda la potencia de sus pulmones. ¡Qué inteligente! Llamaba a mi padre en noruego porque sabía que así llegaría a la velocidad de la luz; parte de su código secreto de comunicación.

Mientras tanto, me recostó sobre ella y me acunó. Yo estaba en tensión. Seguía hiperventilando y además había perdido la visión, como preludio del síncope. Todo estaba negro y se reducía a un punto de luz. Era curioso cómo mi cerebro lo analizaba todo con una lucidez apabullante y, a la vez, era incapaz de controlar mis emociones o mis funciones motoras. Analizar. Analizar. Inútil. Sabía lo que me pasaba con exactitud, segundo a segundo, pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Estamos en Tromsø. En el lago. Es invierno. Llevas puestos los patines. Te deslizas sobre el hielo. Hace frío, pero no te importa, porque tienes toda la pista para ti sola —dijo mi madre en voz muy baja y con la voz monótona que empleaba siempre en esos casos. Vaya. Noruega. Mi mente destelló con los recuerdos de la ciudad en el Círculo Polar Ártico. El lago, rodeado de roca gris y nieve; la placa reluciente bajo mis pies. Cerré los ojos, el punto ominoso de luz desapareció dejando paso al paisaje amado—. Un pie, tres metros. Otro pie, tres metros. Hay sol, así que la pelícu-

* «Erik, ¡ven aquí, por favor!», en noruego estándar, el *bokmål*.

la más superficial está suave y las cuchillas resbalan como sobre mantequilla. Avanzas en línea recta sin esfuerzo.

El tempo de sus palabras guio mis exhalaciones y las acunaron poco a poco hacia una respiración cada vez más sosegada. Noté que mis dedos cosquilleaban a medida que retornaba la circulación y mis músculos se relajaban.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no bajan a desayunar? —Mi padre solía entrar en tromba donde quiera que fuese con dos notables excepciones: en presencia de mi madre y de su hija, o sea, yo—. Inés, *kjaereste*,* ¿qué ocurre? ¿Martina? *Nei, mine lille datter!*** ¿Ahora no! —exclamó al ver el panorama que se extendía ante él. Se arrodilló junto a nosotras y traté de enfocar la mirada en sus ojos alarmados. Cubrió mis manos unidas a las de mi madre con las suyas y las hizo desaparecer entre la enormidad de sus dedos cálidos.

No los veía, pero sabía lo que ocurría entre ellos. Solo les hacía falta una mirada para intercambiar la información de lo que estaba pasando. Mi madre señaló algo con su cabeza mientras continuaba su relato sobre una de las cosas que más podían gustarme en este mundo: patinar sobre hielo.

—Pero ¿qué mierda has hecho con...? —masculló mi padre.

Me pudo la curiosidad y abrí los ojos ante su exabrupto, que me desvió por un momento de la voz dulce y femenina de mi madre. No me quedó otra que sonreír. Papá había agarrado a Unicornio Bebé de la mesa, arrastrando consigo la pesada mochila y el pobre casi sufrió una amputación de su oreja.

—Tráelo, con mochila y todo —pidió mi madre.

Y eso hizo él, lo puso en mi regazo, con mochila y todo.

Me abracé al muñeco que me acompañaba desde que tenía cinco años cuando me perdí en el aeropuerto de Oslo y me dio mi primer ataque de ansiedad. Una anciana de origen alemán, maravillosa, y que resultó ser profesora jubilada, me llevó a la tienda Relay, me compró aquel peluche de unicornio, me abrazó muy fuerte y me consoló hasta que mi madre apareció, desesperada, con un ataque de ansiedad igual al mío y deshecha en lágrimas, casi una hora después.

* «Cariño», en noruego.

** «¡No, mi pequeñina!», en noruego.

Desde entonces, Unicornio Bebé era mi talismán principal. Por supuesto que era una buena idea llevarlo a mi primer día de universidad.

Nos abrazamos los tres durante unos minutos, hasta que recuperé una frecuencia cardíaca y respiratoria normales y mis piernas empezaron a desentumecerse. Llegaba el bajón y, con el llanto, el alivio.

—¿Todo bien, Martina? ¿Qué pasó? —preguntó mi padre por fin, cuando lo peor quedaba atrás.

—He perdido mi elástico de la suerte. No puedo ir a clase sin mi elástico especial —sollocé muy bajito. Odiaba esa fase, porque seguía sin ser dueña de mis emociones, aunque ya hubiera retomado el control de mis músculos. El surtidor de lágrimas duraría un buen rato sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

Me miró con sus ojos azules de mil matices. Una vez intenté contar los distintos tonos y tuve que rendirme, porque me perdí y no supe si los puntitos de un lado los había contado ya o no. Tenía que ser difícil para él tener una hija como yo... un hombre exitoso, cirujano, jefe de la Unidad del Corazón del Hospital San Lucas, gerente general de las Norsk Klinik, presidente de las Industrias Thoresen... Fruncí el ceño, porque creí leer en ellos una chispa de diversión.

—¿Te estás riendo de mí, papá? —pregunté, ofendida. Aferré con fuerza a Unicornio Bebé y mi mochila.

—Martina, no me digas que el elástico que buscas es ese que llevas en la muñeca —dijo, a medias divertido y exasperado.

Dirigí los ojos a mi antebrazo izquierdo, donde nunca solía llevar nada porque soy zurda y me molesta todo al escribir.

—*Svarte helvete!*^{*} —exclamé, sorprendida—. ¡Lo siento muchísimo!

Mi elástico de la suerte, un espiral de silicona de color rosa, perfecto para hacerme un moño y que ningún pelo escapase de él, había estado ahí todo el tiempo. Me sentí muy tonta.

—Hija, creo que tu vena dramática se va a perder en la Facultad de Medicina. ¿Estás segura de no querer probar suerte en Broadway o en Hollywood? —dijo divertido. Nos tendió una mano como ayuda para levantarnos del puf.

^{*} Literalmente significa «infierno negro», en noruego. Es una expresión muy malsonante, que se podría traducir por «no jodas», «maldita sea», «por la chucha» o «puta mierda».

Mi madre soltó una carcajada, y se agarró a la fuerte mano de mi padre. Yo me levanté de un salto, avergonzada y también divertida por lo que acababa de pasar.

—Bueno, ¡crisis superada! —exclamó ella tras un suspiro de alivio. Estiró el lazo de su camisa blanca de seda, se calzó los tacones negros de charol y recompuso su peinado en un par de movimientos frente al espejo—. Todos a desayunar.

La Costanera Norte nos permitía estar en el San Lucas en unos veinte minutos en auto. Magnus y yo nos bajaríamos en el semáforo de la avenida Andrés Bello para ir a la facultad y mis papás seguirían hasta el hospital para estacionar. Era cómodo, pero yo sabía que mi hermano tenía otros planes; planes ambiciosos de independencia y libertad; planes que involucraban el departamento de soltero de mi padre en Isidora Goyenechea, a poco más de diez minutos a pie del campus.

Esperó a que mi madre alcanzara velocidad de crucero para iniciar la negociación. Puse todos mis sentidos en alerta, porque a mí también me interesaba mucho aquello. Vivir solos. Me daba miedo y a la vez me gustaba un montón. Los dos teníamos mucho que ganar.

—Papá, mamá, ¿son conscientes de que vamos a llegar a la facultad poco después de las siete de la mañana? —dijo Magnus con voz seria y circunspecta.

Mi padre no se inmutó. Sacó sus lentes de la funda y empezó a limpiar los vidrios.

—Les hace bien madrugar. Llevan todo el verano levantándose a las tantas. En especial tú, Magne —replicó sin recoger el guante—. Aprovechen para reconocer el terreno. O para estudiar.

—Many y Adriana serán nuestros padrinos y nos harán el *tour* después —respondió Magnus, un poco impaciente ante los nulos resultados obtenidos. Yo sonreí al pensar que nuestro núcleo duro de amigos se reuniría de nuevo tras las vacaciones de verano—. Pero ¿esto va a ser todos los días así? Mamá, ahora, en marzo, con el buen tiempo, no importa, pero en invierno, estar tirados en el campus tan temprano...

Mi madre interrumpió sus quejas con un gesto de la mano como si espantara una mosca molesta.

—Hijo, tu padre entra en quirófano a las ocho en punto y le gusta revisar que todo esté en orden antes de empezar. Yo tengo mil temas que resolver de la dirección médica, además de la consulta, y agradezco una hora de paz antes de que me arrastre la actividad de la mañana —dijo sin piedad. Lo fulminó a través del espejo retrovisor con una sonrisa divertida—. Estoy segura de que esa horita libre sabrán emplearla con sabiduría. O váyanse en micro, si tanto les molesta.

Magnus escondió la cabeza entre los hombros, enfurruñado, y se hundió en el asiento de atrás del Audi e-Tron de mi padre. Yo suspiré. ¡Hombres! Siempre se daban por vencidos antes de tiempo. Además, solo había un modo de hacer eso... lo que yo llamaba «la manera noruega de hacer las cosas»: de frente y sin rodeos. Y nunca, jamás, había que apelar a mi madre, porque ella siempre tendría argumentos para quitarte la razón. Mi padre era más blando, había que atacar por ahí.

—Papá, lo que Magnus quiere decir, y lo hemos pensado detenidamente —expliqué batiendo mis pestañas con suavidad un par de veces y con una enorme sonrisa; mi amigo Many lo había bautizado como «el parpadeo Bambi» y era catalogado en nuestra pandilla como infalible. Siempre me mandaban a mí con los adultos cuando había algo que conseguir—, es que el departamento de Isidora está ahí, botado, al lado de la facultad. ¡Sería perfecto para nosotros! Tiene dos habitaciones, podríamos ir a mediodía a comer allí, evitar trayectos en coche...

—Martina, somos tu madre y yo los que hacemos de choferes, pagamos la gasolina y los peajes de las vías rápidas —replicó mi padre con su lógica aplastante, pero algo en el modo que se giró hacia mí y la atención que me prestó me indicó que quizá lo estuviera considerando. Mi madre escuchaba con interés—. No veo cuál es el problema.

Magnus me lanzó una mirada de advertencia, pero yo lo tenía todo controlado.

—Papá, no se trata de ningún problema, sabemos que nuestra vida es muy fácil. Sin embargo, no dependeríamos de ustedes para las idas y venidas —añadí con generosidad. No es que me importase demasiado madrugar, pero ¿y después?—. Por las tardes, a veces, tus quirófanos se alargan hasta la noche, y mamá tiene reuniones

que la entretienen en el hospital hasta muy tarde también. Además, así aprenderíamos a ser independientes.

Hice una pausa para que mis palabras permeasen en su entendimiento. Mi hermano me miró esperanzado.

—Sí, lo de las tardes es verdad. Tendremos horarios muy distintos y será difícil coordinarnos —añadió Magnus, pensativo. Estuve a punto de darle una patada en la canilla para hacerlo callar, pero tuve que reconocer que lo que dijo fue magistral—. Tendrán que prestarnos un auto, al menos algunos días...

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Y menos a ti! —rugió mi padre, envuelto en indignación—. ¡No han pasado ni dos semanas desde tu última multa por exceso de velocidad, Magnus Thoresen Morán! Si piensas que voy a comprarte un coche o a financiar tu estilo de vida de piloto de la Fórmula Uno, estás muy equivocado.

Se me escapó una risita que camuflé con una tos. Magne llevaba, desde que había llegado de su viaje por el mundo, casi medio millón de pesos en multas por pisar demasiado el acelerador. Algunas eran despistes estúpidos de ir a más de cien por vías con un máximo de ochenta, en túneles y cosas así, pero en otra lo había cazado el radar yendo a Ranco por la autopista 5 Sur, a casa de mis abuelos, a más de doscientos kilómetros por hora. Mi padre casi le arranca la cabeza y le prohibió manejar.

—Papá, mamá, ¡piénsenlo! Quizá sea momento de que Magnus y yo adquiramos un poco de autonomía —dije cuando las aguas se calmaron un poco. Mi madre llegó al semáforo, y nosotros nos preparamos para bajar—. Él va a cumplir diecinueve y yo ya tengo diecisiete años. ¿No creen que es el momento?

Tuve claro que mi padre se lo estaba pensando, porque tenía el ceño fruncido, la frente surcada de arrugas y casi se podían oír los engranajes de su cerebro rodar, pero mi madre negó con la cabeza.

—No, Martina. Prueba de ello es lo que te ha pasado esta mañana. ¿Y si te da un ataque estando sola? —Mi madre sabía dar golpes bajos. Entiendo por qué lo dijo, pero me dolió—. Quizá estén más o menos preparados para la universidad, pero estoy segura de que para vivir solos no lo están. Y menos para la vida. Fuera de aquí. ¡Que tengan un buen día!

Mierda. Casi lo conseguimos.